

Dos últimas cenas: Sócrates-Jesús

*Jeannette Gorn Kacman**

EN LA ÚLTIMA CENA el rabino de Nazaret elige, después de haber sacado a Judas Iscariote, celebrar con sus once discípulos la cena de pascua Judía o Pesaj. Judas Iscariote, el discípulo que amaba con más vehemencia al Nazareno, aunque con un amor viciado por su mismo exceso. Jesús moja un trozo de pan y se lo ofrece al hijo de Simón Iscariote.

Es notable el ominoso aunque velado eco de este gesto en las hierbas amargas que se mojan en la comida de la pascua judía, la ceremonia que trae al presente la redención del pueblo hebreo de su esclavitud. Conmemora, pues, la salida de los judíos de Egipto en el último cuarto de milenio a.C, seguramente durante el reinado de Ramses II (1304-1237 a.C): el pueblo hebreo sale de Egipto después de las doce plagas, al mando de Moisés, que es para los israelitas una figura humana. El éxodo lo muestra vacilante e inseguro, a veces equivocado, obstinado, absurdo e irritable y, lo que es más notable, amargamente consciente de sus propias deficiencias; en efecto, es muy raro que un hombre confiese: "soy lento en el hablar y tengo la lengua lenta".

Abordemos asuntos preliminares. Moisés, según la imagen que nos ofrece la Biblia, es una mezcla profundamente atractiva de lo heroico y lo humano, que lidió en un marco de tremenda certidumbre que disimulaba toda suerte de dudas y a veces el desconcierto uso y llano. A causa de su posición, tenía que mostrar una fachada valerosa de omnisciencia; dado que necesitaba mantener unida a su díscola horda, estaba obligado a gobernar con aire de confianza, incluso cuando se sentía inseguro, y a demostrar públicamente una implacabilidad que no sentía en el fondo de su corazón.

* Profesora-investigadora, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

Por eso su imagen era severa, y su consigna, "Que la Ley someta la Montaña". Sin duda, es verdadera la antigua tradición agádica de que Aarón era más popular que su hermano mucho más grande; cuando Aarón murió, todos lloraron; pero cuando Moisés murió, sólo los hombres guardaron luto. Gracias a los datos contenidos en la Biblia, los lectores hoy quizá tienen una imagen más clara del carácter total de Moisés y de lo que fue el caso de los hombres y las mujeres que lo siguieron realmente.

El éxodo fue un acto de separación y resistencia políticas; pero fue también, y sobre todo, un acto religioso, pues los israelitas eran diferentes, y los egipcios los veían y temían como diferentes, precisamente porque rechazaban la totalidad del extrañamiento y numeroso panteón de los dioses egipcios, y todo el sentido de la espiritualidad egipcia que, a su modo, era tan intensa y penetrante como la naciente religión de Israel. Así como Abraham sentía que la religión en Ur había llegado a un callejón sin salida, también los israelitas y su jefe Moisés, que veía más claramente que el resto, llegaron a la conclusión de que el mundo de la creencia y las prácticas religiosas egipcias eran asfixiantes. Salir de allí implicaba no sólo acabar con la esclavitud física, sino con una cárcel espiritual sofocante; los pulmones de Israel en Egipto ansiaban el oxígeno de la verdad y un modo de vida que fuera más puro, más libre y más responsable.

En este proceso de maduración, por supuesto los israelitas actuaban a la larga, no sólo en beneficio propio sino en favor del conjunto de la humanidad futura. El descubrimiento del monoteísmo, y no sólo del monoteísmo sino de un dios único y omnipotente, movido por principios éticos y dedicado metódicamente a imponerlos a los seres humanos, es uno de los momentos cruciales de la historia, quizás el principal.

El núcleo del código mosaico era el *Decálogo*, las revelaciones de Dios relatadas por Moisés (Dt 6, 18) y titulados "Las diez palabras o formulaciones" (Dt 4, 13). Las presuntas versiones originales de estos mandatos aparecen en Ex 20:2-14. Hay muchos problemas sin resolver y pasajes oscuros en los textos. Parece probable que en su forma original los mandamientos fuesen sencillos, incluso breves, y que sólo más tarde se los haya desarrollado. La forma más antigua, formulada directamente por Moisés, ha sido reconstruida del siguiente modo y se divide naturalmente en tres grupos, entre los cuales los mandamientos del uno al cuarto abarcan las relaciones entre Dios y el hombre, del seis al diez se refieren a las relaciones entre hombres y el quinto, que cumple la función de puente entre los dos grupos, trata de los padres a los hijos. Así tenemos: "Yo soy Yahveh, tu

Dios; No tendrás otros dioses fuera de mí; No crearás una imagen grabada; No mencionaras en vano el nombre de Yahveh; Recuerda el Sabbath; Honra a tu padre y madre; No matarás; No cometerás adulterio, No robarás; No prestarás falso testimonio; No codiciarás."

Con la entrada en Canaán y su conquista, el esquema de los hechos históricos comenzó a aclararse, y se acrecienta paulatinamente el caudal de pruebas arqueológicas que confirman o iluminan los relatos bíblicos. *El libro de Josué*, llamado así por el primer gran comandante militar de los israelitas, ahora puede ser considerado esencialmente como una narración histórica, aunque con importantes salvedades. Josué, hijo de Nun, de la tribu de Efraín, era el jefe de segundad de Moisés, y fue su guardaespaldas en el Sinaí y el comandante de la guardia de la tienda. Afirmó su reputación militar durante la travesía del desierto en un encarnizado encuentro que se libró en Refidim con un grupo mandado por el jeque Amalee. Moisés ordenó a Josué "salir y luchar contra Amalee", mientras él mismo estaba "en la cima de la colina, con la vara de Dios en mano". Aarón y Jur sostenían las manos del anciano profeta para alentar a los guerreros, "y sus manos se mantuvieron firmes hasta la caída del sol. Y Josué derrotó a Amalee y su pueblo con el filo de la espada: "Poco antes de su muerte, Moisés transfirió la jefatura a Josué y 'lo puso sobre congregación' en una solemne ceremonia pública". De este modo, se convirtió en profeta además de general: "Josué, el hijo de Nun, estaba colmado por el espíritu de la sabiduría; pues Moisés le había impuesto sus manos".

Moisés no entró a la tierra prometida porque pecó de ira. Este largo recorrido por el desierto del pueblo judío y sus vicisitudes es lo que se conmemora la noche de Pesaj que Jesús se encontraba celebrando antes de ser aprehendido. Esta pues, fue su última cena en donde enfatiza la libertad de la esclavitud del alma por medio del amor.

Compartir la comida y la bebida toca lo más íntimo de la condición sociocultural. Abarca el ritual religioso, el dominio de lo erótico, las confrontaciones políticas, los diversos discursos -graves o frívolos- los ritos del matrimonio y los del duelo funeral. Sentarse a una mesa a compartir alimentos con amigos o enemigos, seguidores o detractores recompone y personifica el microcosmos de la sociedad misma. La comida compartida pone en su punto más crítico al verbo convivir (vivir con y entre otros).

La antropología y la etnografía hacen énfasis en la importancia de las comidas comunales. "Comunal" como lo que va desde la reunión clandestina de un grupo selecto hasta las bacanales abiertas a toda la tribu o ciu-

dad. A la par de los estudios religiosos y las propuestas psicoanalíticas, la Sociología y el análisis de los mitos, en general, las ciencias del hombre vinculan a la institución de la comida compartida unos conceptos cruciales de lo totémico, de sacrificio humano y animal, de purificación e iniciación. A continuación cito a George Steiner:

El espectro es casi ilimitado. Se extiende desde las prácticas y simbolismos del canibalismo, asentado en reflejos de convivencias elementales y primarias, desde un esforzado pasaje o una transgresión hacia la humanidad tan profundamente arraigados que escapan a nuestra plena conciencia; hasta transposiciones de "comer a Dios" como las que encontraríamos en la Sagrada Comunión Cristiana.

Dos muertes caracterizan la historia moral e intelectual de Occidente. Dos muertes precedidas de una última cena. Las muertes de Sócrates y de Jesús de Nazaret, ambas siguen siendo las piedras de toque de nuestra historicidad. Estas dos muertes nos dan la referencia de nuestra identidad cristiana-hebraica y clásica. Muertes insoportables para el recuerdo razonado. Estas dos muertes, quizá aún no acabadas ni agotadas en el análisis judeo-cristiano, nos someten a un duelo aún no elaborado y a sus nefastas consecuencias.

Algunos lograron repararlas con la confianza en la Resurrección de Jesús. La crucifixión es un presente de terror, conserva su agonía, todo este dolor es actual. Tras ambas muertes sigue pesando el sentimiento de pérdida inconmensurable, el sentimiento de lo irreparable.

El proceso y la ejecución de Sócrates es de un orden más personal (lo personal en el retrato de Platón es una importante figuración de lo universal). Sócrates le impone a Atenas la sangrienta culpa de su muerte elegida. ¿El hombre occidental se ha recuperado de ella? El asunto de la muerte de Sócrates es intemporal. La temporalidad de la crucifixión lleva el enigma de su situación en el tiempo histórico. Ninguna generación de la cristianidad ha considerado al Gólgota exactamente igual que otra. La Crucifixión y el grito de agonía de *Jesús* es una repetición inexorable de su pregunta anterior ¿Quién decis que sois? Esta pregunta empuja al hombre a buscar apoyo en algún tipo de dialéctica responsable entre el tiempo y la eternidad. Lo histórico y lo intemporal. El juicio de Sócrates podría pensarse con cierta tranquilidad que daría una racionalización, esto no es posible en el caso del grito final de abandono de Jesús de su desnudez y humillación frente al

abandono de Dios. En estas dos muertes encontramos similitudes interesantes, como la despedida en la última cena de ambos. *Jesús* se despide de aquellos a quienes ha elegido como apóstoles, los que le recordarán y transmitirán su mensaje a la humanidad. Sócrates predice que sólo hombres más jóvenes que comprenden sus propósitos llevarán a cabo su ejemplar tarea.

El asesinato del Sócrates, en el 399 a.C, y el de Jesús, en torno al 33 d.C, aumentaron la tristeza en la gente reflexiva. Sócrates y Jesús se colocan en la línea contestataria. El primero pone en tela de juicio la validez de la ley secular y el interés público. Enviado por Dios Padre, el rabino de Nazaret desafía el orden de la inminencia en el mundo.

Sócrates nos quiere virtuosos, sinceros, sobrios de espíritu, tranquilos ante la enfermedad y la muerte. Jesús nos pide un completo altruismo, amor y compasión universales, que estemos preparados para la trascendencia. La mediocridad, lo humano, lo demasiado humano ha perseguido a Sócrates y a Jesús hasta la desnudez de sus muertes.

La otra similitud está en los textos: "El Banquete en la casa de Agatón" y "La última cena de Jesús y sus discípulos" en el Evangelio de San Juan se cruzan en un puente de reconocimiento. El primer eje de relación es la separación y las interacciones entre el día y la noche (o la luz y la oscuridad). Esta dualidad es tan crucial en la estructura de la última cena de San Juan que muchos exégetas la han citado de forma controvertida en un simbolismo gnóstico subyacente y sistemático. El Banquete invoca tanto la fenomenología cíclica de día noche como su polaridad. También en el cuarto Evangelio encontramos al "lugar" que es el día y el no menos sustantivo: la oscuridad. El segundo eje está tan relacionado con el primero como el espacio con el tiempo. En el exterior/interior. Este binomio tiene múltiples implicaciones. Una recámara puede ser para los que vienen del exterior algo muy cargado de valores simbólicos y de ambigüedades, ejemplo de esto es el crepúsculo. Salir a la calle puede ser para otros tan amenazador como la noche profunda o tan liberador como el alba.

El banquete y el relato de la última cena pascual de Jesús dramatizan esas delimitaciones e invita a cruzar los límites. En ambos documentos el exterior, terrible, es la ciudad: Atenas y Jerusalén. Ambas tienen un papel trágico, ambas rodean al santuario de la casa.

Sócrates es conducido a su proceso de ejecución, Jesús se dirige a una muerte casi inmediata. Prevalece el exterior. Aquí se establece una drástica paradoja: la noche proporciona asilo, lo que resulta ser fatal es la luz del día

sobre la ciudad. En la pasión de Cristo esa misma luz del día desaparece en un eclipse.

Ambos textos son dos tratados sobre el amor: El sagrado y el profano. Sobre el amor divino y el humano. En el entrecruzamiento de ambos textos, se origina el misticismo del amor divino y del humano en el sentimiento religioso, en el argumento metafísico en la literatura, en la música y en las artes de occidente. Sócrates se sitúa en el género cómico por sus burlescas ironías y su modo de menospreciarse a sí mismo. Sus exigencias al espíritu humano, su destino personal, son propios de la tragedia.

El Evangelio según San Juan, los expertos creen que el texto se escribió en Asia Menor, posiblemente en Antioquía entre el 90 y el 140 d.C. Algunos exégetas, entre ellos Bultmann, han insistido en que el gnosticismo fue determinante. Durante mucho tiempo se consideró a San Juan como un Judío heleno o por lo menos testimonio de los judíos helenizados. Dos textos, dos muertes entrelazadas precisamente por esos textos nos comprometen, nos obligan a enfrentar dos duelos que nos lanzan a una deuda en lo real del dolor humano, heredado filogenéticamente por pertenecer a la cultura judeo-cristiana. ¿Qué haremos con él?

Bibliografía

- FishlZayonitz, Taifeld Frosz Fishl, *Hagada de Pesaj*, Imprenta Moctezuma, México, 1989.
- Bartfeld, *Pesaj leyes y costumbres*, R.S Diseño, México, 1990.
- Werner Keller, *Historia del pueblo judío*, Omega, Barcelona, 1987.
- Steiner George, *Pasión intacta*, Editorial Siruela, Bogotá, 1997.
- Jacques Le Goif, Roger Chartier, Jacques Revel, *La nueva historia*, Editorial Mensajero, Bilbao, 1997.
- Sagrada Biblia. Versión crítica sobre los textos hebreo, arameo y griego*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1975.
- Platón, *Diálogos*, Editorial Porrúa, 1962.

APÉNDICE

Para concluir este trabajo he querido dar un testimonio de cómo Sócrates y Jesús tenían que morir: el primero asesinado por la ley civil; Jesús, para dar testimonio de la ley divina. Oigamos pues el diálogo entre Critón y Sócrates en *Diálogos* de Platón "Diálogo de Critón o el Deber":

SÓCRATES

¿Es cierto que no hay diferencia entre hacer el mal y ser injusto?

CRITÓN

Lo confieso.

SÓCRATES

Es preciso, por consiguiente, no hacer jamás injusticia ni volver el mal por mal, cualquier que haya sido el que hayamos recibido. Pero ten presente, Critón, que confesando esto, acaso hables contra su propio juicio, porque sé muy bien que hay pocas personas que lo admitan y siempre sucederá lo mismo. Desde el momento, en que están discordes sobre este punto, es imposible entenderse sobre lo demás y la diferencia de opiniones conduce necesariamente a un desprecio recíproco. Reflexiona bien y mira si realmente estás de acuerdo conmigo y si podemos discutir partiendo de *este* principio: que en ninguna circunstancia es permitido ser injusto ni volver injusticia por justicia, mal por mal; o si piensas de otra manera, provoca como de nuevo la discusión. Con respecto a mí, pienso hoy como pensaba en otro tiempo. Si tú has mudado de parecer dí lo y expon me los motivos; pero si permaneces fiel a tus primeras opiniones, escucha lo que te voy a decir.

CRITÓN

Permanezco fiel y pienso como tú; habla ya te escucho.

SÓCRATES

Prosigo, pues, o más bien te pregunto: un hombre que ha prometido una cosa justa ¿debe cumplirla o faltar a ella?

CRITÓN

Debe cumplirla

SÓCRATES

Conforme a esto, considera si saliendo de aquí sin el consentimiento de los atenienses, haremos mal a alguno y a los mismos que no lo merecen. ¿Respetaremos o eludiremos el justo compromiso que hemos contraído?

CRITÓN

No puedo responder a lo que me preguntas, Sócrates porque no te entiendo.

SÓCRATES

Veamos si de esta manera lo entiendes mejor. En el momento de la huida o, si te agrada más, de nuestra salida, si la ley y la república misma se

presentasen delante de nosotros y nos dijese: "Sócrates, ¿qué vas a hacer? ¿La acción que preparas no tiende a trastornar, en cuanto de ti depende, a nosotros y el Estado entero? Porque, ¿qué Estado puede subsistir si los fallos dados no tienen ninguna fuerza y son eludidos por los particulares?" ¿Qué podríamos responder, Critón, a este cargo y otros semejantes que se nos podríán dirigir? Porque ¿qué no diría, especialmente un orador, sobre esta infracción de la ley, que ordena que los fallos dados sean cumplidos y ejecutados? ¿Responderemos nosotros que la república nos ha hecho justicia y que no ha juzgado bien? ¿Es esto lo que responderíamos?

CRITÓN

Sí, sin duda; se lo diríamos.

SÓCRATES

"Qué -dirá la ley ateniense- ¿Sócrates, no habíamos convenido en que tú te someterías al juicio de la república?" Y si nos manifestáramos como sorprendidos de este lenguaje, ella nos diría quizá:

"No te sorprendas, Sócrates, y respóndeme, puesto que tienes costumbre de proceder por preguntas y respuestas. Dime, pues, ¿qué motivo de queja tienes tú contra la república y contra mí cuando tantos esfuerzos haces para destruirme? ¿No soy yo a la que debes la vida? ¿No tomó bajo mis auspicios fu padre por esposa a la que te ha dado a luz? ¿Qué encuentras de reprehensible en estas leyes que hemos establecido sobre el matrimonio?" Yo le responderé sin dudar: "Nada". "¿Y las que miran al sostenimiento y educación de los hijos, a cuya sombra tú has sido educado, no te parecen justas en el hecho de haber ordenado a tu padre que te educara en todos los ejercicios del espíritu y del cuerpo?" "Exactamente", diría yo. "Y siendo esto así, puesto que has nacido, has sido mantenido y educado gracias a mí, ¿te atreverás a sostener que no eres hijo y servidor nuestro lo mismo que tus padres?"

"Y si así es, ¿piensas tener derechos iguales a la ley misma y que te sea permitido devolver sufrimientos por sufrimientos, por los que yo pudiera hacerte pasar? Este derecho, que jamás podríán tener contra un padre o contra una madre, de devolver mal por mal, injuria por injuria, golpe por golpe, ¿crees tú tenerlo contra tu patria y contra la ley? Y si tratáramos de perderte, creyendo que era justo ¿querrías adelantarte y perder las leyes de tu patria? ¿Llamarías esto justicia, tú que haces profesión de no separarte del camino de la virtud? ¿Tú sabiduría te impide ignorar que la patria es digna de más respeto y más veneración delante de los dioses y de los hombres que un padre una madre y que todos los parientes juntos? Es preciso respetar' a la patria en su cólera tener con ella la sumisión y miramientos que se tiene a un padre, atraerla por la persuasión u obedecer sus órdenes, sufrir sin murmurar todo lo que quiera que sufra, aun cuando sea verse

azotado o cargado de cadenas, y que si nos envía a la guerra para ser allí heridos o muertos, es preciso marchar allá; porque allí está el deber y no es permitido ni retroceder, ni echar pie atrás, ni abandonar el puesto, que lo mismo en los campos de batalla, que ante los tribunales, que en todas las situaciones, es preciso obedecer lo que quiere la república o emplear para con ella los medios de persuasión que la ley concede; y, en fin, ¿que si es una impiedad hacer violencia a un padre o a una madre, es mucho mayor hacerla a la patria?" ¿Qué respondemos a esto, Critón? ¿Reconoceremos que la ley dice verdad?

CRITÓN

Así me parece.

SÓCRATES

"Ya ves, Sócrates -continuará la ley- que si tengo razón, eso que intentas contra mí es injusto. Yo te he hecho nacer, te he alimentado, te he educado; en fin te he hecho, como a los demás ciudadanos, todo el bien de que he sido capaz. Sin embargo, no me canso de decir publicamente que es permitido a cada uno en particular, después de haber examinado las leyes y las costumbres de la república, si no *esti* satisfecho, retirarse a donde guste con todos sus bienes; y si hay alguno que no pudiendo acomodarse a nuestros usos, quiere irse a una colonia o a cualquier otro punto, no hay uno entre vosotros que se oponga a ello y puede libremente marcharse a donde le acomode. Pero también los que permanecen, después de haber considerado detenidamente de qué manera ejercemos la justicia y qué policía hacemos observar en la república, yo les digo que están obligados a hacer todo lo que les mandemos, y si desobedecen, yo los declaro injustos por tres infracciones: porque no obedecen a quién los ha hecho nacer, porque desprecian a quien los ha alimentado, porque estando obligados a obedecerme, violan la fé jurada no se toman el trabajo de convencerme si se les obliga a alguna cosa injusta; y bien que no haga más que proponer sencillamente las cosas sin usar de violencia para hacerme obedecer y que les dé la elección entre obedecer o con vecemos de injusticia, ellos no hacen ni lo uno ni lo otro. He aquí, Sócrates, la acusación de que te harás acreedor si ejecutas tu designio y tú serás mucho más culpable que cualquier otro ciudadano." Y si yo le pidiese la razón, la ley me cerraría sin duda la boca diciéndome que yo estoy más que todos los demás ciudadanos sometido a todas estas condiciones "Yo tengo -me diría- grandes pruebas de que la ley y la república han sido de tu agrado, porque no hubieras permanecido en la ciudad como los demás atenienses si la estancia en ella no te hubiera sido más satisfactoria que en todas las demás ciudades. Jamás ha habido espectáculo que te haya obligado a salir de esta ciudad, salvo una vez cuando fuiste a Corinto para ver los juegos; jamás

has salido que no sea expediciones militares; jamás emprendiste viajes, como es costumbre entre los ciudadanos; jamás has tenido la curiosidad de visitar otras ciudades ni de porque reflexiona un poco, te lo suplico que bien resultará a ti y a tus amigos si persistes en la idea de traspasar mis órdenes. Tus amigos quedarán infaliblemente expuestos al peligro de ser desterrados de su patria o de perder sus bienes y, respecto a ti, si te retiras a alguna ciudad vecina, a Tebas o Megara, como son ciudades muy bien gobernadas, serás mirado allí como un enemigo; porque todos los que tienen amor por su patria te mirarán con desconfianza, como un corruptor de las leyes.

Les confirmarás igualmente en la justicia del fallo que recayó contra ti, porque todo corruptor de las leyes pasará fácilmente y siempre por corruptor de la juventud y del pueblo ignorante ¿Evitarás todo roce en esas ciudades cultas y en esas sociedades compuestas de hombres justos? Pero entonces, ¿qué placer puedes tener en vivir? ¿O tendrás valor para aproximarte a ellos y decirles, como haces aquí, que la virtud, la justicia, las leyes y las costumbres deben estar por encima de todo y ser objeto de culto y de la veneración de los hombres? ¿Y no conoces que esto sería altamente vergonzoso? No puedes negarlo, Sócrates. Tendrías necesidades de salir inmediatamente de esas ciudades cultas e irías a Tesalia, a casa de los amigos de Critón, a Tesalia, donde reina más el libertinaje que el orden y en donde te oirían, sin duda, con singular placer, referir el disfraz con que habías salido de la prisión, vestido de harapos o cubierto con una piel, o, en fin, disfrazado de cualquier manera como acostumbra hacer todos los fugitivos. ¿Pero no se encontrará uno que diga: he aquí un anciano que, no pudiendo ya alargar su existencia naturalmente, tan ciego está por la ansia de vivir que no ha dudado, por conservar la vida, echa por tierra las leyes más santas? Quizá no oirás si no ofendes a nadie; pero al menor motivo de queja te dirían éstas y otras mil cosas indignas de ti; vivirás esclavo y víctima de todos los demás hombres, porque ¡qué remedio te queda? Estarás en Tesalia entregado a perpetuosos festines, como si sólo te hubiera atraído allí un generoso hospedaje. Pero entonces, ¿a dónde han ido a parar tus magníficos discursos sobre la justicia y sobre la virtud? ¿Quieres, de esta manera, conservar quizá para dar sustento y educación a tus hijos? ¡Qué! ¿Será en Tesalia donde los has de educar? ¿Crearás hacerles un bien convirtiéndolos en extranjeros y alejándolos de su patria? ¿O bien no quieres llevarlos contigo y crees que, ausente tú de Atenas, serán mejor educados viviendo tú? Sin duda tus amigos tendrán cuidado de ellos. Pero este cuidado que tus amigos tomarán en tu ausencia ¿no lo tomarán igualmente después de tu muerte? Persuádate de que los que se dicen tus amigos te presentarán los mismos servicios si es cierto que puedes contar con ellos.

En fin, Sócrates, ríndete a mis razones; sigue los consejos de la que te ha dado el sustento y no te fijes ni en tus hijos, ni en tu vida, ni en ninguna otra cosa, sea lo que sea, más que en la justicia y , cuando vayas al Hades, tendrás con qué defenderte delante de los jueces. Porque desengañate, si haces lo que te has resuelto, si faltas a las leyes, no harás tu causa ni la de ninguno de los tuyos ni mejor, ni más justa, ni más santa, sea durante tu vida, sea después de tu muerte. Pero si mueres, morirás víctima de la injusticia, no de las leyes sino de los hombres; en lugar de que si sales de aquí vergonzosamente, volviendo injusticia por injusticia, mal por mal, faltarás al pacto que te liga a mí, dañarás a una porción de gentes que no debían esperar esto de tí; te dañarás a tí mismo, a mí, a tus amigos, a tu patria. Yo seré tu enemigo mientras vivas y, cuando hayas muerto, nuestras hermanas las leyes que rigen en los infiernos no te recibirán indudablemente con mucho favor, sabiendo, que has hecho todos los esfuerzos posibles para arruinarme. No sigas, pues los consejos de Critón y si los míos."

Me parece, mi querido Critón, oír estos acentos como los coribantes erreen oír las flautas sagradas. El sonido de estas palabras resuenan en mi alma y me hace insensible acualquier otro discurso y has de saber que, por lo menos en mi disposición presente, cuanto puedas decirme en contra será inútil, sin embargo, si crees convencerme, habla.

CRITÓN

Sócrates, nada tengo que decir.

Veamos ahora algunos fragmentos del Evangelio de San Juan, ahí se personifica la ejecución que Cristo acepta para sostener con su muerte la ley divina y dar cuenta de la veracidad de su fe y su doctrina y ¿por qué no, su rebelión que le lleva a la muerte? La ignominia del asesinato de Jesús no mató su palabra, por el contrario, la proliferó. Así, pues, se puede matar a un hombre no a su palabra.

Fe de una "Sama rita na". Jesús y una mujer de Sitar 4, ¡42.

Así que, cuando Jesús se enteró de que los fariseos habían oído [decir]: "Jesús hace más discípulos y bautiza más que Juan" (aunque Jesús personalmente no bautiza, sino sus discípulos), dejó Judea y marchó de nuevo a Galilea.

Tenía que pasar por Samaría. Así que llegó a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca de la finca que había dado Jacob a su hijo José. Estaba

allí la fuente de Jacob. Así que Jesús, fatigado del camino, se sentó, sin más, junto a la fuente; era la hora sexta. Llegó una mujer de Samaría a sacar agua, Jesús le dijo: "Dame de beber". (Pues sus discípulos habían marchado a la ciudad a comprar alimentos.) Así que la mujer samaritana le dijo: "¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mi, que soy una mujer samaritana?" (Pues los judíos no tratan con los samaritanos).

Jesús le respondió así: "¿Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice dame de beber, tú le habrías pedido, y te habría dado agua viva!"

La mujer le dijo: "Señor, ni tienes pozal, y además el pozo es hondo entonces ¿de dónde tienes el agua viva?, ¿acaso eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, él mismo bebió de él, y sus hijos y su ganado?"

Jesús le respondió así: "Todo el que bebe de esa agua volverá a tener sed; en cambio, el que beba de agua que yo le dé no tendrá sed jamás, sino que el agua que [yo] le dé se convertirá en él en manantial que brota para [producir] vida eterna.

La mujer le dijo: "Señor, dame ese agua, para no tener sed ni venir aquí a sacar agua".

Le dijo, "Vete llama a tu marido y vuelve acá"

La mujer le respondió así: "No tengo marido".

Jesús le dijo: "bien has dicho 'no tengo marido', pues has tenido cinco maridos, y el que ahora tienes no es marido tuyo; has dicho eso con [toda] verdad".

La mujer le dijo: "Señor, veo que tú eres profeta. Nuestros padres adoraron a 'Dios' en este monte pero vosotros decid que el sitio donde hay que adorar está en Jerusalén".

Jesús le dijo: "Créeme, mujer: llega una hora en la que ni en ese monte ni en Jerusalén (será donde adoréis al Padre). Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega una hora y es ésta, en la que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y [en] verdad, pues el Padre quiere [que sean] así sus adoradores. Dios [es] Espíritu; y sus adoradores tienen que adorar en Espíritu [en] verdad".

La mujer le dijo: "Sé que va a llegar un Mesías (que se llama Cristo); cuando él llegue nos anunciará todo .

Jesús le dijo: "Yo soy, el que te habla".

En esto llegaron sus discípulos, y se sorprendieron de que hablara con una mujer; sin embargo, ninguno dijo "¿qué quieres" o "por qué hablas con ella" Así que la mujer dejó su cántaro y marchó a la ciudad; y dijo a la gente: "Venid a ver uno que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será éste el Mesías?".

Salieron de la ciudad e iban hacia él. Mientras tanto los discípulos le rogaban; "Rabí, comel".

Pero él les dijo, "Yo tengo para comer un alimento que vosotros no conocéis".

Así que los discípulos se decían unos a otros: "¿le habría traído alguien de comer?"

Jesús le dijo: "Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y llevar a cabo su obra. ¿No decís vosotros: otros cuatro meses y viene la siega? Mirad, os digo, levantad vuestros ojos y contemplad las tierras, que están doradas para la siega; ya el segador cobra su jornal y recoge fruto para [la] vida eterna, de manera que el sembrador y el segador se alegren juntos. Pues en esto resulta verdadero el refrán: "uno es el que siembra y otro el que siega". Yo os envió a segar lo que vosotros no habéis trabajado; otros han trabajado, y vosotros habéis entrado en su labor".

Muchos de los samaritanos de aquella ciudad, creyeron en él por las palabras de la mujer, que testificaba: "Me dijo todo lo que hice".

Así que, cuando los samaritanos se le acercaron, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Y creyeron muchos más por la palabra de él, y decían a la mujer: "Ya no creemos por que lo decías Tú, pues nosotros mismos hemos oído y sabemos que él es verdaderamente el salvador del mundo".

Anuncio de la traición 13, 21-30

Después de decir esto, Jesús se alteró en su espíritu, declaró: "De verdad os aseguro: uno de vosotros me entregará".

Los discípulos se miraban uno a otros, sin saber de quién [lo] decía. Estaba recostado en el regazo de Jesús uno de sus discípulos, al que Jesús amaba. Y Simón Pedro le hizo señas para que preguntara quién era [aquel] de quien hablaba.

Conque él, sin más, reclinándose sobre el pecho de Jesús, le dijo: *[Señor, ¿quién es?]*

Jesús respondió: "Es aquel para quien yo voy a mojar este bocado y dárselo"

Conque, mojado el bocado, [lo] cogió y dio a Judas, [el] de Simón Iscariore. Y entonces, detrás del bocado, entró en él el Adversario. Así que Jesús le dijo: "Lo que tienes que hacer, haz[lo] rápido".

Ninguno de los comensales entendió para qué le dijo aquello, como Judas tenía la bolsa, algunos pensaban que Jesús le decía: "Compra lo que necesitamos para la fiesta", o que diera algo a los pobres. Conque, en cuanto tomó el bocado, salió él en seguida. Era de noche.

Discurso de Jesús. Sumario 13, 31-38

Y cuando salió, dijo Jesús: "Ahora acaba de ser glorificado en el Hijo del hombre, y Dios ha sido glorificado en él. Si Dios acaba de ser glorificado en él, Dios también lo glorificará en sí [mismo], y lo glorificará en seguida, ya estaré poco con vosotros. Me buscaréis; y como dije a los judíos "Adonde yo voy vosotros no podéis llegar", también a vosotros os [lo] digo ahora. Os doy un mandato nuevo: que os améis mutuamente; que como yo os he amado, también vosotros os améis mutuamente.

Todos conocerán que sois discípulos míos en esto: si tenéis caridad entre vosotros.

Le dice Simón Pedro: "Señor, ¿adonde vas?"

Jesús le respondió: "Adonde voy no puedes seguirme ahora, pero [me] seguirás más tarde"

Le dice Pedro: "Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti'.

Jesús respondió: "¿Darás tu vida por mí? De verdad re aseguro: no cantaré [el] gallo antes que me niegues tres veces".

Cuerpo del discurso 14, 1-16, 24

Que no altere vuestro corazón. Creed en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchos aposentos; si no ¿os habría dicho que voy a prepararos un sitio? y cuando vaya os prepare un sitio, vendré de nuevo a llevaros a mi [casa], para que donde esté yo estéis vosotros. Y adonde yo voy, sabéis el camino.

Tomás le dijo: "Señor, no sabemos adonde vas, ¿como podemos saber el camino?"

Jesús le dijo: "Yo soy el camino, y la verdad y la vida. Nadie llega al Padre sino a través de mí. Si me habéis conocido, conoceréis también a mi padre y desde ahora lo conocéis, y lo habéis visto".

Felipe le dijo: "Señor, muéstranos al Padre y nos basta".

Jesús le dijo: "¿Llevo tanto tiempo con vosotros, ¿y no me has conocido, Felipe? Quien me ha visto, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: 'Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo [estoy] en el Padre, y el Padre está en mí? ¿Las palabras que yo os digo, no las digo por mi cuenta; pero el Padre que reside en mí, hace sus obras. Creedme: yo [estoy] en el Padre, y el Padre en mí; si no, creed por las obras mismas.

De verdad os aseguro: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y [las] hará mayores que éstas, porque yo voy al Padre. Y lo que pidáis en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo.

Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré.

Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo rogaré al Padre, y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros eternamente: El Espíritu de la Verdad, que el mundo no puede aceptar porque no lo ve ni [lo] conoce: vosotros lo conocéis, porque reside entre vosotros y está en vosotros.

No os dejare huérfanos; volveré a vosotros. Todavía un poco, y el mundo ya no me verá, pero vosotros me veréis, porque yo viviré, y vosotros viviréis, aquel día conoceréis vosotros que yo [estoy] en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros.

El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, yo también lo amaré y me manifestaré a él".

Judas, no el Iscariote, le dijo: "Señor, ¿y qué ha sucedido, que vas a manifestarte a nosotros, y no al mundo?"

Jesús, le respondió así: "Si alguno me ama, guardará mi doctrina, y mi Padre lo amará, e iremos a él y habitaremos en él".

El que no me ama, no guarda mis palabras. Y la doctrina que ois no es mía, sino del Padre que me envió.

Os he dicho esto mientras permanezco entre vosotros, pero el Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todo, y os recordará todo lo que yo os he dicho. Os dejo paz, os doy mi paz; yo os [la] doy no como [la] da el mundo. Que no se altere vuestro corazón, ni se deje acobardar. Oísteis que yo os dije: "Me voy y volveré a vosotros". Si me amaseis, os alegraríais porque voy al Padre.

Oración de Jesús, 17.1.26

Jesús dijo esto. Y, levantando sus ojos al cielo, dijo: "Padre, ha llegado la hora: glorifica a tu Hijo para que el hijo te glorifique a ti: para que, pues le diste autoridad sobre toda carne, dé vida eterna a todos lo que le has dado; y la vida eterna de ésta: concerte a ti, el único verdadero Dios, y al que enviaste, Jesucristo. Yo te glorifiqué sobre la tierra llevando a cabo la obra que me has dado para hacer; y ahora glorifícame tú. Padre, junto a ti, con el esplendor que tenía junto a ti antes que el mundo existiera.

Manifesté tu nombre a los hombres que me diste del mundo; eran tuyos, y me los distes, y han guardado tu doctrina. Ahora han sabido que todo lo que me has dado viene de tí, porque les he dado las palabras que me diste y ellos aceptaron y conocieron verdaderamente que [yo] había salido de ti, y creyeron que tú me habías enviado.

Yo ruego por ellos. Por el mundo no ruego, sino por lo que me has dado, porque son tuyos, y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y [ya] he sido glorificado en ellos.

Y ya no voy a estar en el mundo, pero éstos quedan en el mundo, mientras que yo voy a ti. Padre Santo, guárdalos en tu nombre, el que me has dado, para que sean uno, como nosotros.

Cuando estaba con ellos, yo los guardaba en tu nombre, el que me has dado; [los] guardé, y no pareció ninguno de ellos, a no ser el hijo de la perdición, para que se cumpliera la Escritura. Pero ahora voy a ti; y digo esto [estando] en el mudo, para que tengan en ellos mi alegría plena. Yo les he dado tu doctrina, y el mundo los odió, porqué no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los saques del mundo, sino que los guardes del Malo.

No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.

Conságralos en la Verdad: tu palabra es verdad. Como me enviaste al mundo, yo también los envié al mundo

Y en favor de ellos me consagro a mí mismo, para que también ellos estén consagrados en la Verdad.

No ruego sólo por éstos, sino también por lo que crear* en mi por medio de su palabra; que todos sean uno; que como tú, Padre, [estás] en mí, y yo en tí, también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Y yo le he dado la gloria que tú me has dado, para que sean uno como nosotros [somos] uno, yo en ellos, tú en mí, para que formen una unidad perfecta, para que el mundo sepa que tú me enviaste y los amaste a ellos como me amaste a mí. Padre, quiero que también los que me has dado estén conmigo donde estoy yo, para que contemplen mi gloria, la que me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo. Padre justo, aunque el mundo no te conoció, yo en cambio te conocí y éstos conocieron que tú me enviaste. Yo les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer para que el amor con que me amaste esté en ellos, y yo también en ellos.

El traidor y el prendimiento de Jesús, 18.1-12

Después de decir ésto, salió Jesús con sus discípulos a la otra parte del torrente Cedrón, donde había un huerto en el que entró con sus discípulos. También Judas, el que lo entregaba, conocía aquel sitio, porque Jesús se había reunido allí muchas veces con sus discípulos. Así es que Judas, tomando la cohorte y alguaciles de parte de los sumos sacerdotes y de los fariseos, llegó allí con faroles, antorchas y armas. Y Jesús, sabiendo todo lo que iba a venir sobre él, se adelantó y les dijo: "A quién buscáis".

Le respondieron: "A Jesús de Nazaret".

Les dijo: "Yo soy" [estaba también con ellos Judas, el que lo entregaba].

Conque, cuando les dijo "Yo soy", se retiraron hacia atrás y cayeron en tierra. Así que les preguntó de nuevo: "¿A quien buscáis?"

Ellos dijeron: "A Jesús de Nazaret".

Jesús respondió: "Os dije que 'Yo soy'".

Así que, si me buscáis a mí, deja a éstos que se vayan.

Para que se cumpliera la palabra que había dicho: [Dej los que me diste no perdí a ninguno de ellos. Conque Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó y dio un golpe con ella al esclavo del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha; el esclavo tenía el nombre de Maleo. Y Jesús dijo a Pedro: "Mete la espada en la vaina; el cáliz que me ha dado el Padre, ¿no lo voy a beber?".

Así pues, la cohorte, el tribuno y los alguaciles prendieron a Jesús y lo ataron.